

Villalobos, Sergio; Aldunate, Carlos; Zapater, Horacio; Méndez, Luz María; Bascuñán, Carlos, *RELACIONES FRONTERIZAS EN LA ARAUCANÍA*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Vicerrectoría Académica, Santiago, 1982, (283 ps.)^o.

- * Dos artículos de profesores de esta Facultad forman parte de esta obra: *La Expansión Araucana en los siglos XVIII y XIX*, de Horacio Zapater, del Departamento de Ciencias Sociológicas y Antropológicas, y *la Organización de los Parlamentos de Indios en el siglo XVIII*, de Luz María Méndez, del Departamento de Ciencias Históricas. La respectiva reseña del profesor Osvaldo Silva, por razones de com-

La tesis central del primer artículo del profesor Sergio Villalobos, *TRES SIGLOS Y MEDIO DE VIDA FRONTERIZA*, plantea que la llamada *Guerra de Arauco* presenta diversos matices en el transcurso de su larga duración. A una *etapa bélica* (1536-1655) continuó otra de *convivencia pacífica* (1655-1883), durante la cual se produjo una intensa interacción entre araucanos y europeos, influyéndose mutuamente. En dicho marco se delineó una frontera cuyas características de “violencia, primitivismo, despojo de tierra u otros bienes, desorganización social, impiedad, gran riesgo en los negocios y reducida eficacia de la autoridad” (p. 15), moldeó un tipo humano especial: el *fronterizo*, étnica y culturalmente mestizo.

La comprensión del fenómeno anterior, en todas sus manifestaciones, constituye el objetivo primordial del volumen que comentamos.

En breve síntesis Sergio Villalobos reseña la situación de la frontera araucana a partir de 1540. Los cambios posicionales que ella experimentó le otorgan una permanente característica de frente pionero en la ocupación de aquel sector de nuestro territorio nacional. El autor distingue en la etapa bélica dos modalidades. La primera (1536-1598) se caracteriza por la violencia devastadora motivada por el interés europeo por ocupar y explotar lavaderos de oro y capturar indígenas a fin de venderlos como esclavos. El desastre de Curalaba y la posterior destrucción de las “ciudades” enclavadas en la Araucanía dio paso a lo que Villalobos denomina “la estrategia del fracaso” (p. 19), estableciéndose una *frontera cerrada* en la margen norte del río Bío-Bío, conjuntamente con el ensayo de una penetración religiosa, *la guerra defensiva*, que no impidió las *malocas* generadoras del levantamiento general de 1655. Tras ella sobrevino un período de apaciguamiento en el cual “el trueque de especies se hizo intenso y adquirió las formas de un comercio regular, que tenía sus agentes y operaba en forma definitiva. El mestizaje se acentuó con las uniones furtivas, la compra y el robo de mujeres y niños, realizadas por los indios y que ellos, a su vez, aceptaban siempre que hubiese una compensación económica” (p. 21). La acción de los misioneros y la celebración de aparatosas reuniones, los *parlamentos*, contribuyeron a mantener relaciones pacíficas que sólo fueron interrumpidas por hechos aislados, producto de la siempre difícil interacción entre hispanos y nativos. Sólo dos levantamientos generales, en 1723 y 1766, sacaron de la relativa quietud que experimentó la frontera en el siglo XVIII.

La centuria siguiente presenció un sacudimiento fronterizo provocado por realistas que, luego de la batalla de Maipo, buscaron refugio en la Araucanía, aliándose con bandidos y vagabundos para dar nacimiento a una violencia irracional conocida como la *Guerra a muerte*. Episodios similares se produjeron en 1851 y 1859, aunque más atenuados; ellos no obstante, fueron suficientes como para que el gobierno decidiera ocupar definitivamente la región, tarea emprendida en 1862 y culminada veinte años después.

presión orgánica de este libro, no sólo corresponde a las colaboraciones de los académicos de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación de la Universidad de Chile, sino que abarca el conjunto total de los estudios que constituyen este compendio, respetando así su unidad establecida por quienes lo elaboraron.

El pretendido calificativo de *raza militar* con que se distingue a los araucanos es, también, discutido por Villalobos. Señala que su espíritu bélico era fruto de circunstancias momentáneas, derivadas de presiones demográficas en una economía básicamente recolectora y de creencias mágico-religiosas. La carencia de un poder central por un lado, y la azarosa geografía de la zona por otro, fueron factores que contribuyeron a prolongar una lucha en la que el valor y habilidad del guerrero no conformaban “una herencia racial, sino las virtudes que desenvuelve todo pueblo cuando tiene que defender sus mujeres, sus hijos, sus tierras, sus bienes, sus costumbres y una concepción del mundo y de la vida” (p. 26). La concepción de Villalobos es apoyada por los testimonios de Gerónimo de Bibar, quien demuestra cómo los picunches desarrollaron sus habilidades bélicas al calor de la lucha contra los conquistadores. De ello desprende que “todo grupo humano despliega valor e inteligencia cuando debe combatir” (p. 28).

Las consideraciones anteriores sirven de preámbulo al análisis de lo que el autor califica como “el negocio de la guerra”. En su transcurso, la obsesión por el oro deja paso, en el siglo XVII, al comercio de esclavos. La importancia de éste se demuestra por el hecho de que un indio reportaba casi la mitad del sueldo anual que un capitán de infantería detentaba a comienzos de la centuria. En 1683 se abolió definitivamente la esclavitud indígena, pero los conflictos persistieron debido a la necesidad de justificar la existencia de un ejército profesional en la frontera, y con ello el flujo del *real situado*, hecho que “fomentó permanentemente la situación bélica, haciendo de la guerra un fantasma que obligaba a estar con las armas en la mano” (p. 31). A pesar de ello el intercambio, manifestado en trueques o *conchavo*, fue un factor que impulsó el acercamiento entre los contendientes fronterizos. Este aspecto es analizado en “El contacto humano”, con especial referencia al mestizaje y sus diversas manifestaciones surgidas al amparo de la “compenetración social de las comunidades fronterizas, españolas e indígenas” (p. 42). El núcleo del mestizaje parece ser el papel jugado por los *indios amigos*, quienes, agrupados en torno a los fuertes, fueron valiosos auxiliares de los hispanos y sirvieron de intermedarios en el traspaso de aquellas mutuas influencias que aún perduran en el campesinado de La Frontera.

Bajo el subtítulo LA ACCIÓN OFICIAL SE ADAPTA A LA REALIDAD, se esbozan las estrategias seguidas para someter al pueblo araucano de acuerdo a las condiciones imperantes en La Frontera. A través de la acción de capitanes de amigos, caciques gobernadores y misioneros se delinea el largo proceso en el que tanto “españoles como chilenos, tuvieron que adaptarse a la realidad de la Araucanía, modificar sus intenciones iniciales y aceptar las modalidades impuestas por la recia fisonomía del pueblo araucano” (p. 53), que, a su vez, influirían para que los primeros asimilasen las “tentaciones ofrecidas por los cristianos” (p. 53). La extensión meridional de la frontera durante las décadas 1860-1880 coincidió con un incremento en las exportaciones agrícolas, producto de una colonización, impulsada por el Estado, tendiente a consolidar y dominar efectivamente nuestro territorio nacional. Tal proceso fue facilitado por la convivencia fronteriza que, desde el siglo XVII, actuó como agente integrador de ambos pueblos.

Carlos Aldunate, en *EL INDÍGENA Y LA FRONTERA*, intenta desentrañar “las implicancias culturales que la frontera produce en la cultura aborigen, especialmente en lo que se refiere a padrones de asentamiento, subsistencia y relaciones sociales, como consecuencia de la Guerra de Arauco, establecimientos de fuertes y misiones en los puestos fronterizos y los contactos con las etnias de la cordillera y las pampas orientales de los Andes” (p. 67). Examina sumariamente la estructura social y económica de los araucanos prehispanos, concluyendo que el préstamo cultural que dejó la más fuerte huella en el modo de vida mapuche fue la adopción del caballo (p. 75). Se le utilizó como arma de guerra, medio de transporte, bien de intercambio, símbolo de status y elemento ceremonial.

El autor sostiene que la Guerra de Arauco parece haber cohesionado una sociedad eminentemente disgregada, otorgando mayor importancia al *toqui* y engendrando una especie de *ejército profesional*, que combatía por sobre los deberes y obligaciones inherentes al sistema recíprocarario prehispano. Lo conformaban *pehuenches* “araucanizados” durante el siglo XVI, cuya misión específica era defender la frontera del Bío-Bío (p. 77).

La guerra significó, también, una ampliación de la movilidad araucana hacia la vertiente oriental de la Cordillera de los Andes. A partir del último decenio del siglo XVII las incursiones por la Patagonia y las pampas les proporcionaron caballos y vacunos que intercambiaban con la plaza fuerte de Valdivia o los traficantes fronterizos. Interesante resulta la aseveración de que fue la ganadería europea, y no la agricultura, el elemento que produjo mayor impacto en la economía araucana.

LA EXPANSIÓN ARAUCANA EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX, del profesor Horacio Zapater, ahonda sobre las incursiones allende los Andes efectuadas por araucanos y huilliches. Alternaban sus actividades ganaderas con servicios auxiliares a los nativos de la región a objeto de asaltar y robar en las estancias cercanas a Buenos Aires. Curiosamente, como demuestran informaciones de la época, la misma ruta se empleaba para introducir ponchos y mantas araucanas entre los colonos bonaerenses. Como intermediarios actuaban los puelches. El autor concluye que la región oriental de la Patagonia se fue araucanizando progresivamente a partir del siglo XVIII, creándose otra frontera que “estimuló la vida pastoril y favoreció el intercambio de productos y el cruzamiento interracial e intertribal” (p. 105). Tanto en ella como en la del Bío-Bío el contacto entre nativos y europeos introdujo en la Araucanía el hierro, los adornos de plata e influencias religiosas como la concepción de un Ser Supremo dual. La autoridad de los caciques, por otra parte, se robusteció y surgieron agrupaciones territoriales como los *butamapus*.

Luz María Méndez, en *LA ORGANIZACIÓN DE LOS PARLAMENTOS DE INDIOS EN EL SIGLO XVIII*, se propone demostrar que “las relaciones entre los habitantes de la región de La Frontera, vale decir, criollos, mestizos e indígenas, se daban en un ambiente que era más propicio a la paz que a la guerra” (p. 112). Además de los parlamentos, “cuyo objetivo principal era negociar la paz” (p. 113), se desarrollaban otras formas de interrelación como las *juntas de indios* y las *parlas*, reuniones locales que congregaban “desde las autoridades de menor rango hasta las de más alta graduación y, a veces, también concurrían las autoridades eclesiásticas. Los aborígenes se hacían representar sólo por algunos

ción hacia las funciones de la comunicación caracteriza el quehacer de la disciplina en Estados Unidos y es difundida a otras partes del mundo. Tiempo después, todavía en los años 50, Merton pone de relieve ciertos planteamientos que son descuidados en su propio país por la investigación, pero que posteriormente son muy considerados por teóricos e investigadores que visualizan la comunicación desde una perspectiva más sociológica. Plantea que no es posible analizar las funciones de la comunicación separadamente de la estructura y las funciones de la sociedad global. Añade que un elemento irremplazable para el estudio y la comprensión de una sociedad es el conocimiento de las actitudes y de los sistemas de comunicación de ideas e ideologías.

A partir del estudio sobre los efectos de la propaganda electoral entra a cuestionarse la premisa básica, sustentada hasta esos mismos años, de que los medios masivos son capaces de influir directamente a los individuos aislados, considerados fuera del contexto de sus relaciones interpersonales. Este supuesto es descartado ante las evidencias de que estas relaciones sociales del individuo y su pertenencia a grupos juegan un papel de primera importancia en el grado y el tipo de influjo que los medios ejercen sobre él. Más aún, posteriormente se determina que son sólo algunos individuos, los llamados *líderes de opinión*, los que se exponen al contacto directo con los medios masivos. A raíz de estos hallazgos adquiere nuevo vigor el estudio sobre los elementos que condicionan los efectos. Encuentran espacio nuevos temas, se introducen nuevas variables de índole sociológica y sicosocial: el grupo, el liderazgo de opinión, lo que ocurre con la información que es mediada por el líder, las redes de comunicación intragrupal, los factores de la selectividad en la percepción, en la retención y en la exposición a los medios; las actitudes y sus condicionantes para el cambio frente a la comunicación. Va delineándose así una nueva forma de encarar las investigaciones: en vez de estudiar lo que los medios y los mensajes hacen con las personas, se va configurando el interés por descubrir qué hacen éstas ante los medios y los mensajes. En la Universidad de Yale se llevan a cabo numerosos estudios sobre efectos persuasivos de la comunicación en relación a las actitudes del receptor, a la credibilidad atribuida a la fuente, a la estructuración del mensaje y a otros aspectos pertinentes a su influjo. Al experimento de campo apoyado por encuestas y por técnicas estadísticas de refinamiento creciente, se añade el experimento de laboratorio.

Otra área importante en el estudio de las comunicaciones la constituye el análisis del contenido de los mensajes. De modo semejante al estudio sobre efectos, el análisis de contenido o *content analyse* recibe su gran impulso a partir de los requerimientos políticos y militares de la Segunda Guerra Mundial, cuando las oficinas gubernamentales nece-

pectos tales como la “araucanización” de la Patagonia y la extensión conceptual de la frontera en la banda oriental andina o la actuación indígena en los cruentos episodios de la *guerra a muerte*. Ello, sin embargo, no desmerece las valiosas sugerencias que abren interrogantes para futuras investigaciones sobre una temática de por sí interesante.

Acompañan a los textos numerosas ilustraciones, entre las que destacan ocho dibujos a todo color debidos al pincel del sabio Ignacio Domeyko y que, hasta ahora, permanecían inéditos.

Oswaldo Silva

Departamento de Ciencias Históricas
Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación